

Presentación

El rostro de la patria visto por la generación bicentenaria

Varios milenios antes de que Cristóbal Colón se encontrara con lo que actualmente llamamos el continente americano, sus tierras ya habían sido habitadas por grupos humanos que durante los glaciales pasaron por el Estrecho de Behring para irse posesionando de diferentes latitudes hasta llegar a la Patagonia.

En los registros de la arqueología más reciente se acepta, al menos para la cuenca de México, que en esa zona hubo asentamientos humanos que datan de más de 22000 años; basta reconocer que hace más de dos mil años, culturas como la olmeca, maya y zoque en el sur y sureste de lo que actualmente es México, dejaron vestigios de haber sido civilizaciones que dominaban las ciencias matemáticas y astronómicas, tan desarrolladas y originales que han asombrado al mundo occidental de nuestros tiempos. También otras culturas de la parte occidental de nuestro país, durante el primer milenio de nuestra era, han mostrado avances enormes en cuanto a su capacidad arquitectónica y de organización política, tanto que desarrollaron sistemas de administración pública que les permitían el control de vastas zonas de aquella región.

Todas esas civilizaciones que antecedieron a las grandes culturas de la meseta central: toltecas, teotihuacanos, cholultecas, otomíes, tlaxcaltecas y finalmente aztecas, dieron muestra de su movilidad e influencia por todo lo que era considerado el territorio significativo del país; aunque no necesariamente crearon imperios como el azteca, sí mantuvieron relaciones comerciales e influyeron en la cultura y la vida religiosa de los pueblos que posteriormente dieron origen a los que encontraron los conquistadores españoles en su momento.

Posterior a la llegada de los españoles, la conquista perpetrada por Hernán Cortés y sus aliados indígenas, más los tres siglos de conquista religiosa, México surgió como nación independiente tras un historial de virreynatos que decayeron a principios del siglo XIX, en un contexto de enfrentamientos entre las metrópolis europeas, cuyo fin era continuar con el dominio sobre territorios en donde sus enclaves económicos mantenían tácticas de extracción de materias primas, con una fuerza de trabajo indígena que había sido sometida bajo la institución de la encomienda, el diezmo y la Santa Inquisición”.

Para contar con las condiciones que permitieran forjar un nuevo país separado del poder de la corona española, el proceso emancipador de la nación se prolongó y maduró ideológicamente pasando por varias etapas, hasta culminar con la fuerza criolla y popular que, enarbolando un estandarte con la imagen de la Virgen de Guadalupe –emblema que simbolizaba el sincretismo entre el místico pasado indígena y la realidad mestiza de un nuevo pueblo–, dio inicio a la guerra de Independencia.

A partir de septiembre de 1821, cuando se consumó formalmente la Independencia de México, el país vivió todo un siglo de luchas intestinas por la construcción de un modelo de soberanía e identidad acorde con una realidad política en ciernes; golpes de Estado, dictaduras militares, invasiones extranjeras, guerras por definir la forma constitucional de un nuevo Estado-nación, conflictos internos entre realistas que deseaban seguir subordinados a los emperadores europeos, los conservadores terratenientes que preferían mantener al país bajo la tutela clerical, y los liberales que luchaban por el ideal de una nación republicana con un Estado laico, progresista y, por lo tanto, con la mirada en aquellos capitales extranjeros que aparentaban una garantía del tránsito de México hacia la industrialización. Este paso fue posible durante los 36 años de porfiriato, pero terminó por pagar la factura de una revolución social sin precedente en el mundo del siglo XX, catalizada por las injusticias económicas y sociales generadas durante aquella larga dictadura que culminó con la promulgación de la *Constitución* en febrero de 1917. Al reflexionar sobre el significado que tuvo la conmemoración, tanto del bicentenario de la guerra de Independencia, como del centenario de la Revolución mexicana, y siendo conscientes del impacto que

ha tenido en el imaginario social y en la memoria colectiva de las generaciones actuales, la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Xochimilco, decidió organizar el *Foro 2010: Las dos revoluciones que forjaron a México*, para abrir un debate amplio y plural, teniendo como referencia los dos siglos de historia nacional transcurridos entre 1810 y 2010.

Entre febrero y noviembre de 2010 se buscó que infinidad de voces, documentos e imágenes, fueran escuchadas, vistas y analizadas, sin más limitación que nuestro desconocimiento del profundo sentido histórico de hechos que, aun a esta nueva y lejana generación de jóvenes, le determinan su vida y su futuro.

Para enfatizar la importancia de los hechos históricos que el *Foro 2010* tomó como referencia para sensibilizar a nuestra comunidad sobre la construcción de nuestra identidad nacional, no sólo se organizaron conferencias magistrales, mesas redondas y ciclos de cine temático, también se convocó a la comunidad para que, en el marco del concurso “El rostro de la patria visto por la generación bicentenario”, aportara sus colaboraciones, puntos de vista y creatividad en modalidades como el ensayo, el cuento, la poesía, la fotografía y otras más.

Lo que se presenta en este número especial de *Veredas: revista del pensamiento sociológico*, son los trabajos que fueron objeto de premiación, después de un meticuloso análisis y sentido debate entre los miembros del jurado calificador, presididos por el distinguido profesor Felipe Gálvez Cansino.

Dr. Alberto Padilla Arias
Director de la DCSH

Lic. Celia Pacheco Reyes
Jefa del Departamento de Relaciones Sociales

Dr. José Antonio Rosique Cañas
Coordinador General del Foro 2010:
Las dos revoluciones que forjaron a México